

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »
Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.
La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Un año id. 50 »
ESTRANJERO, tres meses. 30 »
ULTRAMAR, un año. 6 pesetas.
Se suscribe en la Habana:—Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 400.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

LO QUE CORRE POR AHÍ

Mister Stuart Mill ha presentado en la Cámara de los Comunes de Inglaterra una proposicion pidiendo el sufragio de las mujeres.

La proposicion fué desechada por 196 votos contra 73.

¡Hola! Tenemos ya entre los graves diputados de la Gran Bretaña 73 sugetos que opinan porque á la mujer debe darse participacion en la vida pública, empezando por concederles el derecho de votar en las elecciones de diputados á Cortes.

Por algo se empieza.

Vosotras, las que me leis creyendo encontrar en este periódico,—atendido su carácter,—una cuestion frívola tratada con ligereza, y—cuando Dios quiere—con donaire; vosotras sois las llamadas hoy á presentar en el palenque de la discusion el asunto más grave del día, de la semana, del año, del siglo, del lustro, de la era.

¿Sirve la mujer para algo más que para ser novia, amante, madre, esposa y aya? Esta es la cuestion, y no hay que darle vueltas.

No puedo decir á punto fijo si la mujer está contenta con su suerte: debo presumir que siendo hermosa no lo pasará del todo mal en este mundo.

Todos los filósofos, médicos y naturalistas han pretendido estudiar la mujer, y animados por su ejemplo el resto de los hombres, se han entretenido hasta ahora en hacer observaciones en todo sentido sobre la importancia, estructura, cualidades y defectos de las mujeres.

Y mientras los más sábios continúan preocupándose de cuanto se roza con las señoras mujeres, ellas prosiguen riéndose de los hombres, para lo cual tienen razon que les sobra.

Ciudadanos: ya es tiempo de que no nos engañemos unos á otros con frases de relumbron; yo os suplico que me digais cuál es el papel más sério é importante que puede desempeñar en nuestra sociedad el sér dotado de razon.

—El más importante, me contestareis, es el de educar al hombre.

¡Ajaja! Todo depende de la educacion: gloria, honor, vida;—pues bien, amados oyentes, la mujer, á quien no queremos conceder el derecho de dar su opinion sobre las tonterías que hacemos, es la encargada de imprimir en la masa humana el sello de su inteligencia, preparándole para la lucha que le aguarda en esta vida. Y despues de la altísima mision que le está reservada en la primera educacion del hombre, le queda tambien la de gobernar los imperios. Desde la más remota antigüedad, la mujer se ha sentado sobre el trono y ha regido á los hombres con más ó ménos energia é inteligencia, pero sin que haya sido notable la distancia que la separaba del hombre en relacion con las dotes de mando.

De modo que—nace el hombre y sus primeros pasos los dirige la mujer; llega á la plenitud de la fuerza y de la vida, y la mujer le dirige tambien.

Esta es la mujer, y cuando parece natural que no nos burlemos de lo mismo que santificamos diariamente, cate Vd. que uno de los miembros de la Cámara de Inglaterra dice:

«Recuerdo que hace tiempo pregunté á dos señoritas, á las cuales fui presentado por un muy honorable baronnet, qué harian del voto si lo tuvieran, y me contestaron que se lo darian á quien les regalase el mejor aderezo de brillantes.»

Con dificultad podrá señalarse una contradiccion más brillante entre lo que realmente es la mujer en nuestra sociedad y lo que pretendemos que sea.

Si antes del cristianismo, que regeneró la mujer levantándola al nivel del hombre y dándole la responsabilidad moral, se hubiera discutido su porvenir, no dudeis que los sábios y los hombres de posicion, los magistrados y dignidades,—en una palabra, todos los que tenían el riñon cubierto,—se hubieran apresurado á demostrar que la mujer no servia para otra cosa que para ser la hembra del hombre.

Han pasado diez y nueve siglos: la responsabilidad moral de la mujer ha engrandecido los horizontes, dando impulso á las ciencias y á las artes, mientras el Oriente permanece inmóvil, como un escollo en medio de las corrientes sociales, contemplando con estupidez amorosa en silencioso retiro las voluptuosidades de sus mujeres.

Despues de la responsabilidad moral, empezamos ya á preocuparnos de la responsabilidad social de la mujer. ¡Hola, hola!

Al tratarse este asunto en la Cámara inglesa, el autor de la proposicion sostiene que mientras el sufragio se funde en el requisito de la propiedad, no hay derecho para negárselo á la propietaria.

Supongamos una mujer soltera, rica y dueña de sus bienes. Está sola. aga contribucion;—la ley la hace esa honra. Se trata de elegir diputado, y esta propietaria, que puede ser acaso la más interesada en ello, no tiene derecho á dar su sufragio al que juzgue más á propósito para defender sus intereses, que son los intereses de todos los propietarios.

Esto dice el honorable miembro por Westminster, y añade: Si la propietaria sabe que casándose pierde este derecho, y no lo quiere perder, tendreis que conceder la misma franquicia á la mujer casada.

169 votos contra 73 dijeron que mister Stuart Mill no tenia razon.

Hay que advertir que la razon es como la fruta; tiene sus temporadas: generalmente nadie la come hasta que está madura.

Otro argumento en contra:

Si la mujer llegase á tener voto y estuviese en contradiccion con el de su marido, ¡qué semillero de rivalidades y disgustos seria la familia! Lo mismo precisamente deberian decir los antiguos cuando la mujer

era esclava, y lo mismo dicen hoy los musulmanes, cuando ni ellos ni sus mujeres valen dos cominos.

Nos asusta la idea de que la mujer siga una carrera, por ejemplo, y se haga médico ó médica. ¡Inocentes! ¡Cuántos siglos cuesta vencer una rutina!

Por ahora, regocijémonos los hombres: la mayor sabiduría que poseemos consiste en decir lo que conviene más á la mujer. Y estamos todos de acuerdo para afirmar que lo que más conviene á la mujer es lo que al hombre tiene más cuenta.

¡Ah, honorables miembros de la Cámara de los Comunes! Vuestra última discusion sobre el sufragio de las mujeres me tranquiliza y acalla mis escrúpulos.

Vosotros acabais de decir al mundo que «no hay más diferencia entre hombres y mujeres, que entre seres humanos con pelo negro y con pelo rojo.»

Permitidme una observacion, honorables miembros:

Cierto es que el color del pelo no establece diferencia, pero no olvideis que la naturaleza, más sabia que vosotros, no ha repartido por igual sus dones, y al hombre, verbi-gracia, le ha puesto pelo en el pecho como para decirle: «¡Tú eres más animal que la mujer!»

Luis Rivera.

¿QUIÉN COMO YO?

¡Qué contento estoy!

¡Qué satisfecho de mí mismo!

Bendiga Dios la hora en que se me ocurrió hacer el primer verso, ó la primera línea de prosa.

No se tome á vanidad ni orgullo, pero voy á regodearme.

Esta profesion de escritor (y entremos ya en materia) tiene la gran ventaja de dar de sí.

Porque, vamos á ver, ¿á mí quién me priva ahora mismo de figurarme todo lo que quiera y crear todo lo que se me ocurra?

¡Oh! somos los reyes del mundo. Con cuatro bastidores, cuatro actores y cuatrocientos versos, creamos un país, una familia y una porcion de disgustos para ella, y aun para el público que va á enterarse.

Con ménos que eso todavía, con una pluma de acero y un poco de tinta, empedramos un pedazo de papel y vamos levantando el edificio de la ficcion que más pronto se nos viene á las mientes. Lector obediente y sumiso, si tomas una novela mia, sucumbes sin remedio. Te dire, por ejemplo, en el primer capítulo: Estamos en el Congo; y no hay remedio. ó vente al Congo sin despedirte de la familia, ó deja el libro. Mientras leas mi novela, estarás donde á mí me dé la gana.

Y no me paro ahí. Se me antoja decirte en el principio del capítulo segundo: Está lloviendo.

No mires al cielo, porque si el cielo está sereno, no puedes seguir leyendo. O cree á la Providencia, ó créeme á mí. Yo mando.

Sigue leyendo: El agua cae á torrentes...

¡Eh? Como yo me entusiasme, has de leer el capítulo con paraguas.

Maravillado estoy de mí mismo. Pensar que desde aquí, desde el modesto rincon donde me arriesgo á vivir puede disponer de los elementos...

Ya no me da la gana de que llueva. CAPÍTULO TERCERO. El sol ilumina con sus dorados rayos las calles de la corte. El lector nos seguirá hasta la calle de la Palma alta...

Anda, lector; anda, hijo; echa detrás de mí, que vamos a la calle de la Palma alta (como quien dice, detrás de la puerta).

Y te fastidias, y me sigues; y si no, no te enteras de lo que le va a pasar al héroe de mi novela.

Y a propósito: ¿qué te parece del héroe de mi novela? ¿Es simpático, eh? Buen muchacho, honrado, incapaz de cometer una mala acción; en una palabra, todo un hombre de bien. ¡Como que se llama Felipe!

Ya sé que te ha interesado. Tanto, que me dejas sin leer las descripciones y las digresiones, y pasas hojas enteras para ir a buscar la página donde se habla de Felipe.

¡Hola, hola! ¿con que me pasas hojas y me desprecias párrafos enteros por buscar a mi héroe? Pues aguárdate, que en este capítulo le voy a cortar la cabeza.

CAPÍTULO VEINTITANTOS. La emboscada. Se acabó Felipe; ya puedes rezarle un padre nuestro. Le acaban de rebanar el pescuezo en el mismo portal de la casa de su novia.

La novela debe retratar a la sociedad. A todo hombre de bien, garrotazo. O soy o no novelista de costumbres.

Pero vamos, hombre, no te incomodes, que tampoco me sabe bien eso de que tires el libro. ¿Te has enfadado porque le he retorcido el cuello a ese joven interesante?

Pues no tengas cuidado, que para cada uno que se muere en el mundo hay ciento que nacen. ¿Dónde está la mujer que más te peta de todas las de la novela? ¿Es Luisa? Corriente. CAPÍTULO SESENTA. Frutos del amor...

Los vagidos de un recién nacido resonaron en la alcoba. Luisa era madre.

¡Ea! Ahí te regalo eso en uso de mi derecho. ¿Quieres más? No tengo inconveniente en enviarte media docena si te gusta ese.

Y no hay más remedio; en el mero hecho de ser lector mio, estás a mis órdenes. O creer, o morir. O vivir de ilusiones conmigo, o no leerme.

Solo una vez he transigido con mis lectores; cuando hacia el folletín de cierto periódico, que era una novela a propósito para mujeres y gente así.

Era aquella una época para mí bastante seria y para los demás bastante divertida, porque para divertirse a los demás no hay como estar uno triste o sin dinero.

Yo escribía mi folletín al día: de donde resultaba que el día en que me cogía de mal humor, o de mal bolsillo, que viene a ser lo mismo, el personaje de la novela que me caía más cerca moría como una cucaracha.

Parece ser que algunos de dichos personajes interesaban al público. ¡Ya lo creo! ¡Tal los trataba yo que a cualquiera le daban lástima!

La heroína era una pobre muchacha a quien yo llamaba Margarita.

Tanto me debí de cebar, que un día recibí una carta escrita de letra de mujer, sin firma, y fechada en Valencia, en la que se me suplicaba «que no matase, por Dios, a la pobre Margarita.»

Quise ser condescendiente, mas como la súplica vino en mal día, serví a la lectora y me serví a mí mismo a la vez. No maté a Margarita... ¡Pero la casé!

Así dispongo yo de todo el mundo. Ahora los tiempos han cambiado; ya no escribo nunca de mal humor, porque cuando tengo mal humor, no escribo.

Ahora todo al contrario. Me dedico a edificar palacios, a colonizar países, países míos, países que a mí me da la gana de inventar! ¿Quién como yo?

Lector, permíteme que me regocije al contemplar mi poder. Permíteme que te diga que estás en mis manos.

¡Oh! ¡Si yo escribiera dramas, o comedias serias! Aun haciéndolas muy malas, te haría llorar, y a tu mujer y todo. Siempre tendría preparado un niño, muy chiquitín, para casos de apuro. Como no te conmovieras pronto, ya verías. Echaría a la escena al chiquitín en una situación ad hoc, le haría decirle a su padre que por qué no quería a su mamá (suponiendo que el matrimonio anduviera a la greña); o si el padre era mal trabajador y perdido le haría yo decir al niño que tenía hambre, o cosas por el estilo. O sin sacar el niño siquiera, haría que un personaje de mi drama amenazara a la madre con robárselo, o... ¡qué se yo! ¡Si hay cosas que hacen llorar siempre! ¡Yo siempre he visto llorar al público en parecido caso!

No hay nadie como el escritor en el mundo. No hay poder comparable al del poeta. Llevan a la sociedad en

el bolsillo. Unos, en el bolsillo del pecho, otros, en el bolsillo de atrás.

Ahí está Zorrilla que es de los míos. Con la mayor seguridad nos ha dicho muchas veces:

Yo sé por qué es dulce la miel de la abeja;
yo sé por qué vuela tan alto el condor;
yo sé cómo el viento se lleva la nave;
yo sé cómo al cielo la luz dá color;
yo sé por qué silban el viento y el ave...

en fin, él lo sabe todo. Y yo lo sé también, y de buena tinta, y cuando no, me lo figuro. En esas cosas somos muy prácticos todos los que hacemos versos, y no nos equivocamos nunca.

Cuando a mí me da por ahí, o por allá, no me quedo corto: en cierta ocasión le dije a cierta mujer, en ciertos versos, de cierto álbum, que todos los claveles de un prado (que no debía ser ni el de San Gerónimo,) iban todas las mañanas a pedirle colores prestados. Ahí tiene Vd. lo que son las cosas. Y a otra mujer, otra vez, la llamé Diana, que es nombre de perra.

Y en fin, a otra la llamé Citea y la dije que había nacido de una gota de rocío; y sin embargo, ella creía que se llamaba Vicenta y que era de Majaceite. Esto no obstante, era un poco chata.

¡Escritores! ¿Estais convencidos de que sois capaces de todo?

¡Poetas! ¿Podeis dudar de que el mundo es vuestro?

Yo me miro de arriba abajo y de derecha a izquierda, y no puedo menos de exclamar: ¿Quién como yo?

Yo creo, yo invento, yo doy vida a quien me dá la gana y estrangulo a quien mejor me parece. Yo soy el amo.

Pero ¡ah! tres veces ¡ah! a pesar de todo, he observado una cosa, que me entristecería si no estuviera ya triste.

Y es que por más vueltas que le doy a la imaginación, no puedo crear ni siquiera media libra de prosaicos garbanzos.

¡Y es... que los garbanzos están sobre el omnimodo poder de la fantasía!

Eusebio Blasco.

EN SEVILLA

A Luis Rivera.

¡Vive Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblon por describilla!

¡Mas qué he de describir? si ya en Sevilla
el calor predispone a la pereza.

¡Qué mujeres, Luis, qué gentileza,
qué gracia tan picante y tan sencillá,
qué pinreles, qué andares, qué mantilla,
qué flores por adorno en la cabeza!

Ellas oyen el ruego blandamente,
pero detrás de rejas y cerrojos,
tomando sus galanes el relente:

Así el amor no pasa de los ojos;
lo cual, en cierto modo, es conveniente
porque los comestibles son muy flojos.

F. Moreno Godino.

ABISMOS

(Copias tomadas del natural.)

Yo creo firmemente que la lotería, halagando con una fortuna, acaba por arruinar a sus incautos aficionados, y que las dichas no menos seductoras con que brinda la corte, son tan engañosas casi siempre como la de este y los otros juegos de azar. Sin embargo, aunque juzgo fácil el suprimir la lotería, no creo fuera tanto el suprimir Madrid; y por eso, en vez de proponerlo, voy a limitarme a señalar algunos de los peligros que ofrece.

Son muchas las víctimas que he visto hundirse en este abismo; diciendo cómo, podría evitarse que cayeran más. Pero yo no haré más que señalar los peligros; el lector puede moralizar a su antojo, y deducir consecuencias.

A manera de diorama, voy a exhibir algunos cuadros.

Un joven ha sido premiado en el instituto de una provincia; sus padres no sueñan más que con Madrid, y su

aspiración constante es la Universidad o la Escuela de ingenieros.

El primogénito ha conseguido un premio ¡y qué premio! es de la asignatura de griego.

¡Dichosa familia! ¡Qué porvenir!...

Van a aceptar las más duras privaciones, puesto que el laureado estudiante no puede con tan brillante disposición continuar sus estudios en una pequeña capital de provincia. Marchará a Madrid a seguir una carrera; ¿cuál elegirá? Su familia no ha tomado ningún partido, y se le deja seguir su vocación; puede hacer su gusto y hacerlo en Madrid; aquí los estudios son mucho más serios, y encuentra más recursos un joven estudioso. En la provincia, el estudiante no tiene más distracciones que el billar, y cuando más, el teatro.

En Madrid tiene muchos recreos sin peligros; las cátedras, del Ateneo, los Museos, las Bibliotecas...; decididamente conviene que venga a la corte; en ella formará su gusto, pues el gusto conduce a todo, y especialmente al Prado, a Capellanes, a la Zarzuela, ¿quién sabe?

Ya está su nombre inscrito en los libros de matrícula de la Universidad; su firme y perseverante voluntad forma la esperanza de su familia, que cambiará antes de concluir el sexto año.

En el primero ha gastado mucho dinero (tal vez el dote de su hermana); su salud ha sufrido bastante, sin duda por el exceso de trabajo al fin del Carnaval. Volvió al hogar paterno muy instruido, fumando en pipa, y diciendo: «He cumplido con mi deber;» lo cual indica pretensiones muy mal fundadas.

A pesar de todo, no concluye nunca su carrera.

Un pintor ha conseguido buen éxito en la capital de una provincia; el retrato del alcalde, colocado en las Salas consistoriales, le ha valido una popularidad envidiable: dos marquesas y una brigadiera, a las que ha rejuvenecido diez años en el retrato, han elogiado en todas partes el dibujo y la delicadeza de su pincel, y desde entonces se considera aislado en una ciudad de diez mil almas.

Madrid recibe al gran artista.

Organiza su estudio en una buhardilla de la calle Escorial, y allí concluye un cuadro.

La idea es nueva, y la alegoría no carece de ingenio, según los que la han visto: la Exposición se acerca, y el pintor, durante sus agitados sueños, no ve más que medallas de oro, cruces y coronas. Al fin se abre, y su cuadro... no ha sido admitido. Esta es su primera cruz.

Después de otros veinte o más desengaños, el pobre pintor cambia de género: si en su país natal vivía considerado y haciendo retratos, en Madrid vivirá ignorado y pintando muestras.

¿Quién no adivina esta historia de dolores?

El diario de una pequeña capital de provincia se ha visto enriquecido cierto tiempo con charadas, enigmas y logogrifos firmados con una X; después esta letra firma, el juicio crítico de las obras representadas por una compañía de cómicos de la legua, que cultivan con el mismo éxito la tragedia y la comedia, que la ópera y la zarzuela. Mas tarde aparece al pie de artículos que tratan de materias de interés local, de la dirección que debe darse a un camino, etc.; llega por fin hasta dedicarse a la política.

Cuando se votaba la ley sobre caza, el Sr. X, en un artículo de seis columnas, promovió una cuestión para resolver si la Cámara de los diputados había tenido razón al declarar que la codorniz no es un ave de paso, o el Senado asegurando lo contrario. La conclusión de nuestro incógnito X fué que la codorniz no era un ave que permanecía sin salir de su nido.

Este artículo, muy fuerte en lógica, hizo mucho honor a su autor, y se le clasificó entre nuestros buenos publicistas.

Madrid reclamaba su talento.

Fulano y Mengano cobran en el periódico tal y la revista cual, veinticinco duros por cada revista semanal, y nuestro hombre se siente capaz de escribir dos o tres en ese tiempo.

Su posición será brillante.

Abandona sus doscientos suscriptores, y se lanza a la corte a ofrecer su pluma a todos los directores y propietarios de periódico.

Mas ¡ay! todas las plazas están cubiertas; aquí, como

EN EL CIRCO DEL PRÍNCIPE ALFONSO



—¡Qué elegancia, qué agilidad! ¡Brava, bravísima!
 —Mucho se entusiasma Vd., vecino.
 —¡Habrà quien se atreva à negar el talento de estas artistas?
 —Nadie, porque no hay talento que salte más à los ojos.

ANUNCIOS

SOCIEDAD VINICOLA EN ESPAÑA

En las oficinas del Estado, hay supernumerarios y meritorios.

Contemplad à aquella jóven de semblante pàlido y ojos lánguidos, cuyas maneras sin elegancia, pero no sin gracia, son simpáticas y modestas.

Es una poetisa que està meditando y busca un consonante.

Muchas veces ha cantado en su tranquilo pueblo à las flores, à las aves y à las lágrimas de la aurora, con aplauso de las personas ilustradas del país.

El dia en que termina un volùmen de doscientas páginas, dice à su madre: «Vamos à Madrid.»

La pobre madre ve lucir en la frente de su hija una brillante aureola, y las dos, provistas de poco dinero (pues de eso solo se ocupan las gentes vulgares), llegan à donde les llama la gloria.

El bello manuscrito *Mis vigiliàs* es presentado à un editor.

- Los versos no se venden, señora, le dice este.
- Pues es un género de poesia que...
- Sí, lo creo; pero ahora no tienen salida más que las novelas de diez tomos.
- ¡Rehusa Vd. imprimir mi obra?
- De ningun modo.
- Yo quisiera que se tiraran dos mil ejemplares.
- Puede Vd. tirar los que guste; no siendo edicion de lujo, le costará à Vd. ocho mil reales.
- Hé aqui cómo en Madrid reciben à las musas.

Hablaria de otra jóven à quien los triunfos de Matilde y Teodora han trastornado el juicio.

Del obrero que llega con la ilusion de adquirir un triple salario, y acaba por ponerse al servicio del almacen de vinos, ó de otra industria aun más impropia de su sexo.

En fin, de la variedad de desgraciados de todas las clases y condiciones que vemos trocando por la córte.

Pero por no ser cruel, terminaré permitiéndome un consejo. Vivid, tiernas jóvenes, en vuestra provincia; cosed, bordad, tocad el piano, componed versos, pero no vengais à la córte con pretensiones.

Y vosotros ¡oh jóvenes! mis queridos contemporàneos, permaneced en la provincia, que ahí mejor que en Madrid hallareis elementos para asegurar un porvenir.

Me direis que la córte es el centro de los hombres sábios, y que los diamantes no brillan en la oscuridad.

Es cierto, pero los diamantes andan muy escasos, y no lo están menos los hombres de verdadero talento.

Además, yo sé por experiencia propia que hay más de locura que de valor, en atreverse à lanzar su barquilla en un mar tan fecundo en naufragios.

Recordad, por último, aquel proverbio que las buenas gentes se saben de memoria: «Más vale ser cabeza de raton que cola de leon.»

A. P. Rioja.

PLEGARIA

¡Señor!... Tú, que bondadoso
 consuelas al infeliz;
 Tú, que en las sombras del caos
 lanzaste mundos sin fin;
 Tú, que al mar diste las olas
 y las alas al neblí,
 y las hojas à las plantas,
 y à las flores el matiz,

y à los crepùsculos nubes
 de oro, de nieve y carmin;
 Señor, Tú, que lo ves todo,
 ¿por qué te olvidas de mí?

Yo necesito comer,
 y necesito vestir,
 y necesito afeitarme,
 por lo menos, desde abril
 hasta que puede el otoño
 exclamar: —Ya estoy aquí.

Yo necesito calzado
 como cualquier zarramplin,
 y sombrero, como llevan
 desde el rey al albañil.

Señor, necesito mucho...
 ¿por qué te olvidas de mí?...

Observa que mi patrona
 es una bestia cerril,
 que me habla empezando en *don*
 y concluyendo con *din*;

y el zapatero me sigue
 cual si fuera un alguacil,
 y el sastre me pide cuentas
 de una cuenta de un carrik
 que me hizo la vez primera
 que yo visité à Madrid.

Señor, ¿por qué piden todos?...
 ¿por qué te olvidas de mí?...

Tú, que con flores salpicas
 el follaje del pensil;
 que diste el espacio al ave,
 à las fieras el cubil,
 y al pez el agua, y sostienes
 hasta la hormiga mas ruin;
 ve que tu imàgen perece
 en interminable lid;
 ve que, aunque vivo, no vivo,
 que esta vida no es vivir;
 y ve, Señor, que te imploro
 porque estoy harto de mí.

Pedro Maria Barrera.

CABOS SUELTOS

Sr. Director de Correos.

D. Florencio Sarasua, de Bárcena, provincia de Santander, suscriptor á GIL BLAS, tiene la desgracia de no recibir la mayor parte de los números que nosotros le mandamos con puntualidad.

Como él los paga y nosotros se los remitimos, figúrese V. S. el placer que tendríamos si V. S. pudiese averiguar quién se queda con ellos.

Si despues fuese el culpable declarado cesante, no sólo se alegraría el que le sustituyese, sino el suscriptor, nosotros, la justicia y el crédito del ramo de Correos.

**

El mismo dia que publicamos el problema sobre el proteccionismo que á nuestro juicio, al de la *Época* y otros periódicos pedia *La Reforma* en la cuestion papelera, este colega publicó una declaracion en la que vuelve por sus principios.

Nos alegramos; más aun, no creiamos posible, conocidos los antecedentes de los apreciables redactores de este periódico, otra conducta.

Podrá *La Reforma* sentir la más profunda simpatía hácia los pobrecitos fabricantes de papel: nosotros tambien la sentimos; pero la *justicia* y el *interés general*, segun *La Reforma*, están del otro lado.

Acabáramos.

Quiere decir que *La Reforma* y los demás periódicos, así como los libreros, editores, impresores, litógrafos, lectores y consumidores, piden en nombre de la *justicia* y del *interés general* que no se aumente el derecho que paga el papel extranjero á su introduccion en España.

Estamos de acuerdo, y ya ve nuestro colega cuán bien hizo en confiar en la buena fé de GIL BLAS.

Nuestro problema no era hijo de la necesidad de decir un chiste; y prueba de ello es, que *La Reforma* hizo espontáneamente una declaracion sobre el particular antes de leernos.

**

Un drama.

Exposicion.—Casado Juan Rosales, amaba á su mujer con tanto fuego que no veia, pues estaba ciego, que ella iba á ser la causa de sus males.

Enredo.—Claros fueron las señales, y el atroz desengaño llegó luego; porque su esposa y su amiguito Diego en perfidia y traicion eran iguales.

Desenlace.—Rosales iracundo dá muerte á aquel infame en desafio, y no contento, en su rencor profundo, mata á la infiel con el acero frio; con el mismo puñal tambien se hiere... ¡y en este drama hasta el que apunta muere!

En la Exposicion de París ha sido presentada una máquina para masticar los alimentos.

Entonces, ¿para qué nos ha dado Dios los dientes?

Denuncio esta herejía á *La Regeneracion*.

Unimos nuestra voz á la de los demás periódicos para regocijarnos por la libertad de Jefferson Davis y la conmutacion de pena del caudillo de los fenianos.

Se han publicado dos entregas de un *Diccionario gitano*, que comprenderá los dos vocabularios caló-castellano, y castellano-caló.

Esta obra es hoy de suma actualidad, porque en union de las becerradas contribuirá mucho á formar el buen gusto de la juventud española.

Sigue llevando gran concurrencia á Novedades el drama *Los perros del Monte de San Bernardo*.

Las decoraciones son de efecto y hacen honor al pincel del Sr. Ferri.

Es lástima que este célebre artista no haya pintado tambien el *perro*, porque así tendríamos la seguridad de que haria su papel con más exactitud.

**

Doscientas personas acompañarán al Sultan á París. Debe ser muy cómoda esta manera de viajar en familia.

**

Parece confirmarse la noticia de haber caido en poder de las tropas de Juarez el emperador Maximiliano.

Todas las desgracias se le han juntado á este emperador: prisionero y sin tener á su lado á Zorrilla, que le sabria consolar leyéndole una cancion ó dos.

**

El primer dia que se pusieron á la venta en los estancos las *brebas del Cid*, se expendieron más de doscientas mil.

Se ignoran todavia las consecuencias.

**

No solo el Sr. Carulla irá á Roma: tambien el Padre Sanchez piensa echar su cuarto á espaldas y escribir desde allá un diluvio de artículos.

Recomendaríamos el paraguas á los suscriptores de *La Lealtad*, si no supiéramos que están blindados.

**

Varios periódicos han reproducido el siguiente suelto: «Se halla en Valladolid, de paso para esta córte, Mr. La-Roche Lambert, generalmente conocido por el nombre de Mr. Hume, el más célebre de todos los prestidigitadores, espiritistas y magnetizadores de Europa, y cuyas habilidades son bien conocidas del público de Madrid.»

¡Y tan conocidas, como que las silbó de lo lindo en el teatro del Príncipe!

**

Hemos recibido el cuaderno 16 de la curiosísima obra el *Diccionario doméstico*, que con tanta aceptacion publica nuestro amigo el Sr. Cortés y Morales.

En este cuaderno tropezamos con el Calendario de las compras, que termina aconsejando comprar

Libros en toda ocasion,

ropas en tiempo de feria,

armas en tiempo de paz

y *alhajas* cuando haya guerra.

Estos consejos serán muy útiles, pero hemos llegado á una época en que el refran debe cambiarse de este modo:

Libros no los compres nunca,

ropas vende las que tengas,

armas palos de los dientes

y *alhajas* no hay quien las vea.

Un *bombo* de *La Correspondencia* me hace saber que los ingleses han presentado en la Exposicion universal prodigios de mecánica en el ramo de relojes.

Yo no me doy por satisfecho hasta que se invente un reloj que dé la hora en que se cobra.

Hablando de los frailes, *La Regeneracion* se permite no sé qué sobre lo que escribe GIL BLAS.

Peró señor, ¿qué tengo yo que ver con los frailes?

Pues qué, ¿ha habido frailes?

Toda mujer sabe guardar un secreto, siempre que se le olvida.

A propósito de los frailes, hace nuestro apreciable colega *El Imparcial* la siguiente cita histórica:

«Si la proteccion concedida á los frailes es una prueba segura de moralidad y buenas costumbres, nos lo puede decir la vida privada de Felipe IV. Cuéntanse numerosas fundaciones suyas; pero tambien cuenta la historia que tuvo siete hijos naturales.»

¡Siete hijos naturales! Esto sin contar las comedias que escribió.

PASATIEMPO

Solucion al Jeroglífico del número anterior.—Un cuento de brujas es lo que más entretiene á los niños.—*Idem á las Charadas.*—1.ª Valladolid.—2.ª Caridad.

LOGOGRIFO

En nueve letras que tengo, puedes, lector, encontrar cosas que á mí me hacen falta, y á ti no te sobrarán; una muy sabrosa fruta que por agosto verás; lo que hace el que no está ciego; lo que tengo en el corral; lo que en el ferro-carril no puede nunca faltar; el nombre de un gran poeta; lo que supongo tendrás, porque yo te conceptúo persona de calidad; lo que me pasó en un baile con una moza juncal; lo que tengo en la cocina; lo que á los caballos dan; un pescado y un gran pueblo; lo que encuentras en la mar; el número de garbanzos que mi patrona me da, y lo que llamo á la misma si la veo coquetear; y otras cosas que me callo, pues bastante he dicho ya. Mi todo hace las delicias de los que leen el GIL BLAS, porque lo escribe Rivera con un estilo especial.

M. A. de la Grana.

CHARADA

La *primera* no diré, que no está bien á fe mia; la *segunda* me dijo un dia mi adorada Salomé.

Y Amelia me preguntó: ¿cuándo te casas, tronera? Y *segunda* con *primera* muy sério contesté yo.

Una noche baladí, estando en una *soirée* de Felisa el *todo* ví; bailé, tropecé, caí, y en seguida me acosté.

(Las soluciones en el número próximo.)

ANUNCIOS

SOCIEDAD VINÍCOLA EN ESPAÑA

AVISO Á LOS CONSUMIDORES

En la calle de Tetuan, núm. 3 antiguo y 23 moderno, si que el despacho de los vinos tintos añejos, elaborados en las bodegas de la indicada Sociedad, bajo la direccion de Mr. Montalieu. Dichos vinos están premiados con medalla de 1.ª clase en la Exposicion de Bordeaux del año de 1865, y solo se espenden en el indicado despacho, el cual nada tiene de comun con cualquiera otro que se anuncie con un título análogo al de esta Sociedad.—8

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martin, calle del Lobo, número 40, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economia.

Tambien se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc. etc.

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y saten, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construccion alemana. Precios moderados.

DIEZ, SASTRE

Puerta del Sol, número 13, entresuelo derecha.

El dueño de este establecimiento ofrece á su numerosa clientela un gran surtido de géneros extranjeros de las fábricas más acreditadas de Inglaterra y Francia.

Trajales completos de lana, á 360, 400, 440, 500 y 560 rs. Gabanes sacos, forros de seda, desde 300 en adelante. Chaquets, ó levitas de vestir, á 280, 320, 360, 400, 440 y 500.

Id. de Orleans superior, de 160 á 200. Pantalones ingleses y franceses, á 100, 120, 140 y 160. Hechuras, á precios convencionales.—4

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867. IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.